

DAVID A. BRADING

Ensayos sobre el México contemporáneo

Traducción
CARMEN PLASCENCIA

Traducción de
“El patriotismo liberal y la Reforma”
TOMÁS SEGOVIA

Prólogo
JAIME CUADRIELLO



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

ÍNDICE

<i>Prólogo</i>	9
I. El guadalupanismo y el movimiento de Independencia	25
II. Intransigencia ultramontana y la Reforma mexicana: Clemente de Jesús Munguía	54
III. El patriotismo liberal y la Reforma: Ignacio Ramírez e Ignacio Manuel Altamirano	95
IV. Vicente Riva Palacio y el nacionalismo mexicano ..	121
V. Justo Sierra y la <i>Historia patria</i>	152
VI. Francisco Bulnes y toda la verdad sobre el México decimonónico	203
VII. Andrés Molina Enríquez y el nacionalismo agrario	232
VIII. Olimpo marmóreo: José Enrique Rodó y el nacionalismo hispanoamericano	250
IX. Alfonso Reyes y América	277
X. Edmundo O'Gorman y David Hume	290
<i>Bibliografía</i>	299

PRÓLOGO

JAIME CUADRIELLO

El largo siglo XIX hispanoamericano no sólo fue el tiempo de las naciones e ideologías sino también, conforme a los modelos retóricos, la centuria de los profetas y de los visionarios sociales. Por eso, el púlpito o la tribuna se mantuvieron ocupados por toda suerte de predicadores públicos, ya fuera en el foro civil o religioso. La literatura y la oratoria cívica siguieron siendo de carácter apologético y sus significados aún derivaban de una exégesis, más proyectiva de los principios y valores que propiamente funcional o aplicada a resolver los desafíos de un mundo desigualmente gobernado e industrializado. Bien sabemos que todo discurso político, puesto en clave profética, adquiere una potencialidad formidable por las expectativas y promesas que desata entre su público, siempre necesitado de guías de identidad o carente de agenda estructural. Ya se verá en estos diez ensayos —dedicados a un puñado de biografías intelectuales—, cómo el don profético junto al idealismo romántico, en sus múltiples venas teóricas y avatares estéticos, inspiró el discurso y el pensamiento historiográfico de los más variopintos intelectuales mexicanos, *grosso modo* desde la segunda mitad del siglo XVIII hasta mediados del siglo XX.

En una edición masiva de la colección SepSetentas, que apareció en 1973 y llevaba por título *Los orígenes del nacionalismo mexicano*, todos los estudiantes de historia de entonces conocimos a David A. Brading como un revelador e incisivo historiador de las ideas; incluso pensamos, ingenuamente, que se trataba de una persona distinta al Brading que dos años atrás era un referente en el campo de la historia económica del siglo XVIII por uno de sus libros clásicos: *Mineros y comerciantes en el México borbónico (1763-1810)*. Si aquella obra “de manual” fue hecha como esbozo de larga duración, la de 1971 daba cuenta de una investigación de gran aliento,

de un talento refinado y analítico que rebasaba los confines de una tesis doctoral: un volumen modélico y sellado, difícil de superar. El libro de bolsillo, en cambio, fue el que transformó la vida y la agenda intelectual de Brading por los siguientes cincuenta años, ya que se trataba de un ensayo seminal y cifrado, de una potencialidad formidable: exploraba las continuidades, rupturas y ramificaciones del pensamiento historiográfico, desde los cronistas mendicantes del siglo xvi hasta los ideólogos de Revolución y el indigenismo de la centuria pasada. No extraña que entre varios miembros de la academia estadounidense y mexicana resultara una lectura provocadora, causando a la vez admiración y rechazo... pasajero.

El afán revisionista y crítico de este autor ha sido consecuente hasta el día de hoy. Brading ha aportado estudios puntuales y focalizados para escudriñar a los autores "oficiales del sistema" o reconocidos por la historiografía, pero también se ha encargado de los proscritos y heterodoxos, y de muchos otros que estaban durmiendo el sueño de los justos porque se quedaron militando en la "reacción", en el partido equivocado, o porque optaron por la radicalización personal. Como parte de esta saga personal, Brading nos brinda en esta recopilación algunos de sus análisis más agudos, haciendo ostensibles las contradicciones y paradojas del historiador-intelectual mexicano, pero sin enjuiciar o descalificar los usos de la memoria selectiva que se acumula, modifica u olvida al paso de los años. Entre autores criollos, indígenas, mestizos o hijos de inmigrantes hay quiebres de pensamiento personal y social que están jalonados por las ideologías, es verdad; pero también marcados por los avatares de una vida agitada que transcurre entre el conflicto y la negociación con el poder. Nótese los personajes de esta galería, muchos de los cuales, no de forma gratuita, fueron grandes polemistas: el obispo Clemente de Jesús Munguía, Ignacio Ramírez, Ignacio Manuel Altamirano, Vicente Riva Palacio, Justo Sierra, Francisco Bulnes, Andrés Molina Enríquez, los seguidores del uruguayo José Enrique Rodó, Alfonso Reyes y Edmundo O'Gorman.

Tal como sucede en los salones de espejos deformados y contrapuestos, las obras de estos autores resultan paradójicas antes que paradigmáticas, como ellos pretendían, ya que debido a sus causas tan enconadas rara vez obtuvieron los efectos

esperados. Fueron formuladas y escritas para penetrar y transformar la conciencia de sus conciudadanos. Es difícil medir estos propósitos o su capacidad de penetración, pero Brading deja ver sus novedades, virtudes, contradicciones y múltiples paradojas.

Sin embargo, para honrar sus méritos y a la verdad, prácticamente todos los autores examinados asumieron los actos de su vida intelectual y política como “una vivencia total”, la cual necesitaba legitimarse ante la exigencia de entender una “realidad” que parecía inconclusa e inaplazable —o, en palabras de Wilhelm Dilthey, para comprender los significados de la historia—. No sin el humor y las sutiles ironías de quien ve los claroscuros de la vida, Brading repasa las múltiples contradicciones en el discurso de estos escritores e historiadores nacionales o nacionalistas; aquellos que, en aras de acomodar sus argumentos a una retórica personal, por momentos obsequiosa al régimen, también terminan por confrontarlo y denunciarlo. No deja de sorprender que todos ellos persiguen una visión trascendente del pasado nacional, argumentada y narrada por igual con los tópicos bíblicos que con los axiomas científicos; son autores que incluso extienden el sentido de la exégesis bíblica a sus escritos, mediante una prosa imbuida de religiosidad y devoción que propicia el culto a los héroes o la creencia ciega y fincada en los sistemas de pensamiento, instrumentando así sus teorías para imaginar o reinventar a su país.

Tras ellos está también la genealogía educativa de algunas instituciones fundacionales o que edificaron la academia mexicana, todas destacadas en su tiempo: el Museo Nacional, la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, la Escuela Nacional Preparatoria, la Escuela Nacional de Ingenieros, los antiguos y renovados colegios de San Gregorio o San Juan de Letrán o la gran obra de Sierra y Porfirio Díaz: la inauguración de la Universidad Nacional en 1910. Para el siglo xx no hay autor mexicano que no atravesase por dependencias oficiales como la Secretaría de Educación Pública, el cuerpo diplomático o la reestructurada UNAM, grandes semilleros que cobijaron y prohijaron al historiador-intelectual que todavía a mediados del siglo pasado dedicaba sus afanes a desentrañar “el alma” nacional o una ontología específica del mexicano y su “mexicanidad”.

Merced a su aguda prosa, a partir de su amplio dominio de los pensadores políticos de la modernidad Brading analiza su recepción en México; de esta forma vislumbra la raigambre idealista o científicista de los protagonistas de estos ensayos, no sin la intención de establecer un contrapunto con las figuras de sus pares sudamericanos, vislumbrar sus conexiones y matizar sus diferencias. Me detendré ahora en algunas de las aportaciones de este libro, sus ponderaciones biográficas y, sobre todo, la puesta en crisis de todo tipo de narrativas monocordes o discordes de los autores que estudia.

Con el término “guadalupanismo mexicano” los historiadores entendemos una movilización social y política, culta y popular que si bien estuvo basada en la religiosidad y la devoción desde mediados del siglo xvii, llevó sus premisas patrióticas hasta la justificación moral y jurídica de la emancipación nacional. Así, Brading sigue el hilo desde sus orígenes en la teología figural y la oratoria sagrada barroca para explicar incluso algunas de las raíces más profundas del discurso insurgente de 1810, amén de los componentes míticos y proféticos del guadalupanismo que señalaron el papel trascendente que desempeñó el reino de la Nueva España en la historia cristiana y universal, lo cual desató una expectativa de liberación y distinción que no se observa en otras latitudes. También destaca el peculiar teatro de guerra de la América septentrional, que llamaba la atención de los ensayistas políticos: la insurrección de las masas de campesinos, mineros y rancheros sin mucha orientación militar y en medio de un remolino de violencia y destrucción que trajo consigo el desastre en la economía y la gobernabilidad. México, además, carecía de figuras articuladas y sagaces como las de aquellos comandantes andinos que hacían arreglos y programas entre las mismas élites criollas. Así, para desentrañar los componentes ideológicos del “patriotismo criollo” es preciso adentrarse en múltiples niveles de significado: desde la exégesis hasta la religiosidad, sin perder de vista que el actor principal fue el pueblo llano que recuperó para sí la soberanía y se arrogó la representación de la nación.

El concepto de “patriotismo criollo” ha sido una de las contribuciones más personales de Brading al debate intelectual, aunque ya se encuentra en otros autores historicistas de